Un minuto para Pablo Araya

Atendamos un minuto a **Pablo Araya**, quien aletea-pájaro con sus poemas por esta vida que, no hay caso, es rigurosa en negar vitrina a los que no se andan mostrando con ropas raras y ganas de dar opiniones estrafalarias sobre cada cosa. Y Pablo Araya va tan hilito de agua, imperturbable, sabiendo que sin escribir se muere y al respecto no hay discusión: toma el lápiz y cumple, sin que le importe mucho el mañana de esas hojas. Y esas hojas, además, son buenas, quieren perdurar, y se disgustan con ese autor que las deja por ahí o las pasa para una revista demasiado irregular, que es otra manera de dejarlas por ahí.

Por eso atendamos a Pablo Araya que —además— representa a un tipo escaso: el poeta poeta. Quién no ha escuchado de los poetas guerreros, o de los poetas caballeros, o de los poetas funcionarios; eso es gracia pequeña comparada con la de ser un poeta poeta. Basta verlo, a Pablo Araya, con su única propiedad, que es no tener casi nada, páginas que lo siguen de una pieza a otra.

Se intuye que Pablo Araya es más que un Pablo Araya, a pesar de su desgano. Nace, se incluye en el taller Los Sin Fama, poco después publica "Licencia Poética", le seleccionan textos en publicaciones diversas —Larrahona y Sáez—, mucho más tarde pertenece al grupo De Las Arenas, para decaer en Sísifo, y todo con esa risita de esto es un accidente, mi verdadero lugar es un palacio en el país de Nunca Jamás.

En sus textos —a través de los años— se reitera la imagen del observar, la palabra ojo, visión, mirada, y —a niveles verbales— el deambular, correr, caminar, volar. El campo semántico del tránsito. Para dónde. Sus poemas son compactos, no pueden citarse unos versos sueltos —como ejemplo de tal o cual rasgo— sin mutilar demasiado.

Un autor con sino, destino, fatum, porque se nota que su existencia se justifica por esa escritura de la que no podrá despegarse por más que la vida le ponga disfraz de contador, o le cuelgue del brazo a una gordita linda, o lo cambie de casa. Otro signo del destino es que él no se aparta, quiere estar en el centro, pero no le resulta, porque llega diez minutos más tarde, porque no es prepotente, porque la página con su nombre queda bajo la servilleta: motivos mínimos, insignificantes, pero ciertos.

Una anécdota: quieren publicar una antología, van a pedirle textos: la dirección es clara, ahí está el portón con chapa mala, allá la escala, acá la puerta que se abre con cualquier llave, y aquí la puerta verde donde hay que llegar y entrar. Entran, y encuentran a un señor que grita garabatos y toma un palo porque cree que son ladrones, y que finalmente afirma que no sabe quién es ese Pablo Araya, que le importa un pito Pablo Araya y que mejor váyanse si no quieren que les vuele la cabeza a palos. Y nuestro poeta se queda sin antología, cumpliendo sin saberlo su obligación anónima.

Y varios de sus poemas merecen ser conocidos, sí, y él mismo merece más, mucho más de este minuto que pasó.

Víctor Rojas Farías

El Mercurio, Valparaíso, 18-XI-1994 p. 29

RCG1066

Un minuto para Pablo Araya [artículo] Víctor Rojas Farías.

Libros y documentos

AUTORÍA

Rojas Farías, Víctor

FECHA DE PUBLICACIÓN

1994

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Un minuto para Pablo Araya [artículo] Víctor Rojas Farías.

FUENTE DE INFORMACIÓN

Biblioteca Nacional Digital

INSTITUCIÓN

Biblioteca Nacional

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile